

Formación Permanente y *Pastores dabó vobis*: Una recepción rica pero aún insuficiente. Respuesta al Prof. Cencini

Ongoing Formation and Pastores dabó vobis:
A Rich but Still Insufficient Reception. Response to Prof. Cencini

ALFONSO CRESPO HIDALGO

Centro Superior de Estudios Teológicos San Pablo. Málaga
ORCID: <https://orcid.org/0009-0005-3954-9089> | alfonso.crespo@diocesismalaga.es
<https://doi.org/10.52039/seminarios.v69i233.2417>

SUMARIO: Las circunstancias actuales reclaman una nueva recepción de *Pastores dabó vobis*, que acerque toda su riqueza teológica a las claves formativas de los mismos seminarios y que reanime una formación permanente continua que integre armónicamente todas las dimensiones de la misma. El decaimiento de la formación permanente en las diócesis reclama un nuevo esfuerzo inteligente y entusiasta.

PALABRAS CLAVE: Sacramento del Orden, *Docibilitas*, Fraternidad sacerdotal, Formación permanente del clero.

ABSTRACT: Today's circumstances call for a fresh reception of *Pastores dabó vobis*, one that brings its theological richness closer to the formative keys of seminaries and revitalizes a continuous ongoing formation that harmoniously integrates all its dimensions. The decline of ongoing formation in dioceses demands a new intelligent, and enthusiastic effort.

KEYWORDS: Sacrament of Order. *Docibilitas*. Presbyteral Fraternity. Ongoing Formation of the Clergy.

La ponencia del profesor Amedeo Cencini ha centrado nuestra atención sobre la formación permanente (FP) al servicio de la «vivencia de la verdad del ser presbiteral». La hoja de servicios del P. Cencini a la Iglesia española es amplia, ya desde los años 90, cuando intervino en nuestras Jornadas de vicarios y delegados para el clero y comenzábamos a leer sus libros. Sus textos constituyen siempre un punto de referencia. Le damos las gracias por este nuevo servicio.

1. PREÁMBULOS

Estimo que un simposio sobre la exhortación postsinodal *Pastores dabo vobis*, un documento base de formación sacerdotal, además de adentrarse con una luz serena en la profundidad de su magisterio, debe alentar también una evaluación sincera sobre la recepción del mismo. La recepción es la clave esencial de la eficacia de un documento. Muchos de ellos suelen morir en el gozo momentáneo de su publicación y, luego, quedan en el cajón de la letra menor de las citas a pie de página. La recepción de un documento formativo es adecuada cuando se filtra en la piel y configura un estilo de vida.

Un principio esencial aceptado por todos es el dinamismo constante de la misma formación: permanente e integral hasta el final de la vida. En unas jornadas de FP celebradas en Málaga el año 2017, escuché al P. Cencini hacer esta precisión:

El aprendizaje a lo largo de toda la vida (FP) es hoy un concepto muy familiar, del que se dice mucho más de lo que se hace para ponerlo en práctica y vivirlo de hecho. Este desequilibrio está vinculado, al menos en parte, a la imprecisión con la que se define el concepto. Pero consideremos que el riesgo al final no solo es conceptual, sino que afecta a nuestra vida: es decir, si nuestra vida no es un aprendizaje permanente, es una frustración de por vida. ¡No hay término medio!

Y puntualizaba:

Nunca el Seminario ha formado un presbítero, es la vida la que forma al presbítero, más correctamente, es el Padre Dios el que forma el corazón del Hijo en el presbítero, a través de la vida.

Bajo el epígrafe ‘formación permanente’, se suelen entrelazar propuestas diversas de estilos y formas, pero, a veces, con limitaciones substanciales: la reducción temporal a momentos coyunturales marcados por el ritmo de los acontecimientos sociales o eclesiales; la sujeción a habilitar para unas acciones pastorales prioritarias; la intermitencia fragmentada a atender a distintas edades: jóvenes o ancianos... Con frecuencia, la FP corre el riesgo de revestirse de un caparazón conceptual que emite solo conocimientos para actualizar una práctica, sin tocar lo profundo de quien se ejercita en la misma. El autor subraya esta carencia en un reciente libro: «hay como un espacio por colmar entre la explicación conceptual y su

puesta en práctica concreta, entre la teoría y la práctica, o entre la teología y la pedagogía de la formación permanente»¹.

La nueva *Ratio fundamentalis*, al hilo de *PDV*, aplica el término formación a todo el itinerario formativo de una vocación en la Iglesia, entrelazando la pastoral vocacional, la formación inicial y la permanente. Se trata, de hecho, de un solo camino de vida, donde cada decisión debe ser retomada continuamente en conformidad con el don vivo y permanente de la llamada de Dios. La FP es un proceso formativo construido por cada persona en el medio sencillo de la cotidianidad... Cada uno es el primer responsable de su propia formación; todo lo demás: programa y medios, sería inútil sin la ‘determinada determinación’ que nace de una fe profunda que se expresa a través de las costumbres y los rituales de la vida cotidiana². La FP es un desarrollo de lo que soy, un deseo de enriquecer continuamente lo que soy, una aspiración de dar en mi ministerio todo lo que soy: presbítero, por la gracia de Dios. La FP, urgida por la caridad pastoral, es don, deber y llamada.

Esta aspiración requiere una actitud personal esencial. Señala Cencini: «Es la mano del Padre quien diseña y mueve la formación a lo largo de toda la vida, pero requiere la disponibilidad (la *docibilitas*), tanto individual como comunitaria para captar el itinerario adecuado en cada momento». El P. Cencini propone su reflexión sobre la FP desde una pedagogía sapiencial que nace de la contemplación de la verdad y abre caminos hacia ella, como orientaciones de fondo, con el propósito de hacer nacer en la persona la pasión y el deseo, el gusto y el sabor del objetivo final, así como la determinación subjetiva de perseguirlo. Una pedagogía ‘sapiencial’ y al mismo tiempo ‘estratégica’.

La reflexión introductoria de la ponencia sobre el dinamismo de la verdad y su vinculación con la libertad, es un punto de referencia sugerente para el proceso formativo: ser libre para responder a la llamada, ser libre para dejarse formar, ser libre para ejercitarse en la fidelidad de vivir y morir en Cristo... La relación verdad-libertad toca la base de la fidelidad vocacional, desde el inicio hasta su culminación. En una sociedad donde prima el concepto subjetivo de ‘sinceridad’ consigo mismo, es esencial resaltar la

1. A. Cencini, *La formación Permanente en la vida cotidiana. Itinerarios y propuestas*. Sal Terrae, Santander 2021, 15.

2. Congregación para el Clero, *El don de la vocación presbiteral. Ratio Fundamental Institutionis Sacerdotalis*, Roma 2016, n. 54.

dimensión objetiva de la verdad. La fidelidad a la vocación, clave de la FP, no se vincula a la sinceridad subjetiva de mis sentimientos o emociones, sino que se ancla en la coherencia de una respuesta permanente a la verdad objetiva de la llamada: no se trata de una libertad reducida a una ‘capacidad de elección’ sino de una ‘libertad de calidad’, que reclama reafirmarse en la elección primordial. Esta reducción de la libertad a una mera ‘libertad de elección’, a simple sinceridad, está en la base de muchas crisis sacerdotales y su derivación en la secularización.

El individualismo y subjetivismo que nos envuelve, se filtra, a veces inconscientemente en las claves formativas, creando a la larga un caparazón que repele cualquier proyecto de FP, que termina recluyendo en los propios gustos o sensibilidades particulares y justificando la ausencia en los diversos encuentros formativos diocesanos (retiros, conferencias, encuentros celebrativos...) por la falta de tiempo. El mejor proyecto de FP de cualquier presbiterio, es un acto fallido si no incentivamos la responsabilidad personal de cada uno de sus miembros.

Podemos afirmar que la FP camina, hoy, como la tarde de Emaús, ‘de caída’, y nos arrastra en huida con el ánimo sombrío. Necesitamos ‘la experiencia del encuentro’ para retomar de nuevo el camino con espíritu renovado... La FP no es una ‘obligación de asistir a actos’ es un acto de justicia para responder a la gracia de nuestra vocación.

2. UNA MIRADA A NUESTRA HISTORIA: LA RECEPCIÓN DE «PASTORES DABO VOBIS»

Condicionada, ciertamente, por la propia experiencia, una mirada a nuestra historia doméstica, nos puede brindar un marco de referencia adecuado. Podemos afirmar que la primera recepción de *PDV* en la Iglesia española ha sido rica. El documento que recogía la reflexión sinodal, caía sobre una tierra bien abonada: la excelente reflexión de la Iglesia española sobre la identidad y la vida del sacerdote, iniciada ya en el *Simposio sobre Espiritualidad del presbítero diocesano*, continuada en el *Congreso de espiritualidad sacerdotal*³. Hay páginas de la exhortación que podrían tener una referencia a pie de página de la reflexión española.

3. Conferencia Episcopal Española. Comisión Episcopal del Clero, *Simposio de Espiritualidad del Presbítero Diocesano Secular*, Madrid 1987; Id., *Congreso de Espiritualidad Sacerdotal*, Madrid 1989.

Una vez recibida la exhortación apostólica, fue relativamente fácil acercarnos a ella, desde diversos simposios, y desentrañar su riqueza desde un trabajo en común en torno a las distintas dimensiones de la FP reseñadas por *PDV*. Fue un trabajo realizado en las diversas Jornadas de vicarios y delegados para el Clero, promovidas por la Comisión episcopal del clero. Estas jornadas, que después se llevaban a los encuentros regionales o de las distintas diócesis, constituyen un fondo de reflexión y de vivencias ciertamente excepcional, que todavía conviene refrescar con el fin de seguir ‘bebiendo en el propio pozo’. Fue notorio el esfuerzo y la ilusión por poner toda esta riqueza doctrinal y espiritual al alcance de la mayoría de los sacerdotes. En este sentido, el libro *La formación sacerdotal permanente*, publicado en 2004 por la Conferencia Episcopal Española, bajo la coordinación de Saturnino Gamarra, es un testigo elocuente⁴. De esta recepción brotó una enriquecedora experiencia de ejercicio de FP: ‘Discípulos y apóstoles’.

Dos frutos esenciales de esta recepción resultaron decisivos para promover una adecuada FP. Primero: la definición con mayor precisión teológica de una identidad sacerdotal apropiada, sobre la que descansa y a la vez se explicita una espiritualidad específica. La correlación identidad-espiritualidad fue un logro esencial de esta primera recepción. Segundo: la aceptación vital del ejercicio del ministerio como fuente de espiritualidad.

Pero conviene afirmar, con sinceridad crítica, que la recepción, aunque ha sido rica, todavía resulta insuficiente. Estimo que en las últimas décadas ha habido una intermitencia en la reflexión, y se percibe como un cierto declive en el impulso de recepción de las indicaciones del documento y de las concreciones aportadas por la reflexión autóctona antes reseñada. Podría afirmarse que las nuevas generaciones de sacerdotes no son muy conscientes del proceso de reflexión realizado, puesto que, lo que para unos fue como un parto lento, las nuevas generaciones lo han recibido como herencia y quizás no han integrado completamente la riqueza teológica, las líneas maestras y los matices esenciales que enmarcan la identidad y la espiritualidad del sacerdote y la exigencia intrínseca de una formación de por vida.

Sin embargo, conviene recalcar que la nueva *Ratio* de la Conferencia Episcopal: *Formar pastores misioneros. Plan de formación sacerdotal*, re-

4. Conferencia Episcopal Española. Comisión Episcopal del Clero, *La Formación sacerdotal permanente*, Madrid 2004.

toma toda la riqueza de *PDV*, la reflexión por ella generada y el magisterio de Francisco. El Apéndice III, ‘Etapas de la formación’, muestra un cuadro sinóptico ejemplar sobre la FP⁵.

Las décadas inmediatamente posteriores a la publicación de *PDV*, se desarrollaron en unas circunstancias ambientales caracterizadas por una cierta estabilidad social y eclesial, que favorecía trabajar con unos planes de FP de cierto alcance en el tiempo y de amplitud en el espacio, puesto que la mayoría de las diócesis coincidían en los programas de formación: temas comunes de reflexión intelectual, preocupaciones compartidas de la dimensión humana, intercambio de experiencias y servicios en la dimensión espiritual y pastoral... Había, pues, una música de fondo que favorecía la sintonía.

En los últimos años, el hábitat en el que se desenvuelve la vida del presbítero ha sufrido un brusco terremoto social que nos ha hecho vivir con un cierto desasosiego, que genera la atención inquieta a lo inmediato y no favorece la reflexión serena y los proyectos de medio y largo alcance. Podemos afirmar, con prudencia, que la identidad sacerdotal se ha debilitado en su asimilación teológica y mística, con la tentación de refugiarse en la seguridad de tiempos pasados; se han debilitado los presbiterios en su cohesión formativa y en la expresión de la fraternidad; vivimos en unos presbiterios más desestructurados: los trasvases de presbíteros de diócesis a diócesis, incluso de distintas nacionalidades, y de la vida religiosa al clero secular, han dado origen a presbiterios menos configurados⁶. La agresión mediática a la figura del sacerdote, genera que la sana autoestima del presbiterio se resquebraje: el tema de los abusos es una noticia que martillea la fortaleza humana y espiritual de los presbíteros y condiciona la misma pastoral vocacional⁷. Advertía Francisco, en su homilía del 17 de abril de 1914: «nadie es más pequeño que un sacerdote abandonado a sus propias fuerzas». Comentaba un buen conocedor de santa Teresa: hoy, para el sacerdote, no solo son ‘tiempos recios’, son además ‘tiempos ásperos’. Son nuevas circunstancias que condicionan, hoy, la FP.

5. Conferencia Episcopal Española. *Formar pastores misioneros. Plan de formación sacerdotal*, Madrid 2020, 285-286.

6. A. Crespo Hidalgo, «Reconstruir nuestros presbiterios», *Vida Nueva* 3.263, 19-25 de marzo de 2022.

7. G. Daucourt. *Sacerdotes rotos. Sígueme*, Salamanca 2023; E. Brancozzi, *Reformar a los sacerdotes. Cómo repensar los Seminarios*, Madrid 2022.

3. MIRANDO AL FUTURO: CLAVES PARA POTENCIAR LA FP DESDE UNA NUEVA LECTURA DE PDV

Hoy, estamos bien equipados de análisis de lo que ocurre, pero quizás ayunos de miradas de futuro y pistas de actuación. Mi aportación quiere situarse en este último ámbito. Señalo unas orientaciones de futuro, de forma pedagógica, siguiendo la cadencia de los capítulos de *PDV*.

Breve reflexión sobre los distintos capítulos de PDV, sugiriendo algunas líneas de acción.

Se podría decir por qué no me limito al capítulo VI de *PDV*, que trata específicamente de FP. Pretendidamente, quiero que mi primera aportación sea esta: el éxito de la FP del capítulo VI se gesta en los capítulos previos: en un conocimiento sapiencial de lo que nos rodea, en una identidad sacerdotal bien definida, en una mística del ministerio que ilusione y proponga como meta la santidad, en una pastoral vocacional que comprometa al presbiterio y en una formación inicial integral en sus dimensiones, desde seminarios menos titubeantes...

a) *En la FP nunca se debe perder de vista el «aquí y ahora»*

El capítulo I de *PDV* sitúa al sacerdote en su tiempo: el sacerdote no es una identidad atemporal, sino que es una identidad encarnada. Conviene estar atento a los signos de los tiempos. *PDV* propone una lectura continua de la realidad desde un conocimiento interpretativo de la misma. Estimo como una pieza fundamental de este capítulo, el n. 10 sobre el ‘discernimiento evangélico’, un instrumento esencial al servicio de la fidelidad a la vocación.

Cualquier programación de FP tiene que tener muy en cuenta dos variables: la complejidad de la sociedad que nos envuelve y la realidad del presbiterio en el que caminamos.

b) *La FP debe partir siempre de una sana y fundamentada teología del sacerdocio*

La armonía interna del capítulo II, que versa sobre la ‘naturaleza y misión del sacerdocio’, consigue aglutinar las tendencias teológicas en una síntesis que supera las disyuntivas y que, con armonía y convergencia, define una identidad que recoge la doctrina del magisterio y la reflexión

teológica más rica: las dimensiones cristológica, ontológica, eclesiológica y pneumatológica vienen engarzadas en un eje fundamental desde la valoración primordial del sacramento del orden, dando fuste teológico a todo el entramado de relaciones del presbítero, que existencialmente estructuran su identidad. Una identidad bien definida articula una espiritualidad específica, mientras que cuando se diluye la identidad se oscurece la espiritualidad.

La dimensión misionera de la identidad del presbítero, subrayada especialmente por Francisco⁸, fluye, con equilibrio armónico, de la misma identidad. Es un aspecto fundamental en la clave espiritual de la ‘unidad de vida’, preocupación ya presente en el aula conciliar.

Cualquier programación de FP debe cuidar la teología sobre el sacerdocio que la sustenta: no podemos crear esquizofrenias conceptuales. Hoy, detenernos en disputas teológicas a pie de campo es una esterilidad. Circulan pocas herejías del dogma, abundan las herejías vitales de no traducir en nuestro ministerio la riqueza teológica del sacerdocio.

c) *La FP debe acentuar el dinamismo de la vida espiritual*

El capítulo III de *PDV*, sobre ‘la vida espiritual del sacerdote’, aporta una clave esencialmente conciliar: la llamada universal a la santidad y su explicitación en la vocación específica; se supera la espiritualidad trabada en los estados de vida y perfección y nos aúna a todos los cristianos en una clave de sinodalidad de la santidad: la caridad es el motor y criterio de discernimiento del progreso en la santidad. La pieza clave del mosaico de la espiritualidad del sacerdote es la ‘caridad pastoral’, que se convierte en el motivo dinamizador de la FP⁹. La configuración con Cristo, Buen Pastor: «tener los mismos sentimientos de Cristo», da plasticidad de ejemplo y modelo al ejercicio del ministerio como fuente de espiritualidad, punto esencial de la vida espiritual del presbítero. La centralidad de la eucaristía –cumbre de la caridad– es la fuente primordial de vida espiritual y pastoral y la clave imprescindible de la sinodalidad¹⁰. A su vez, adquiere

8. Francisco, *Evangelii gaudium*, (24 de noviembre de 2013). La dimensión misionera del sacerdote la ha subrayado especialmente en distintas homilias de la Misa crismal.

9. J. M. Uriarte, *Visibilizar a Cristo Pastor. Cuatro rasgos de la espiritualidad sacerdotal*. Sal Terrae, Santander 2021. págs. 33-68.

10. R. Blázquez, «La Eucaristía, expresión plena y alimento de la caridad pastoral», en Comisión Episcopal del Clero, *Eucaristía y caridad pastoral*, Madrid 2000, 56-75.

categoría sacramental, y no meramente jurídica, la pertenencia a una diócesis y la incardinación en un presbiterio.

La caridad pastoral sitúa el radicalismo evangélico, los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia, en una perspectiva más teológica que jurídica. Pensemos con humildad si se ha desvirtuado nuestro radicalismo evangélico y por tanto no es un reclamo misionero: ¿nuestra pobreza es cómoda?; ¿a nuestra castidad le falta dimensión profética?; ¿nuestra obediencia es excesivamente táctica y jurídica?

d) *La FP presupone la estrecha unidad de la pastoral vocacional y la formación inicial*

Los capítulos IV y V, sobre ‘la pastoral vocacional y formación del seminario’, son dos episodios sucesivos. Constituyen una sinfonía de antropología teológica sobre el discernimiento vocacional y un programa específico sobre los ejes formativos: la formación humana, con el apoyo de las ciencias oportunas; la dimensión espiritual, como eje articular de todo; la dimensión intelectual, resaltando la dimensión mistagógica de la educación, apelando a la ‘inteligencia del corazón’; y la formación pastoral, en favor de un ministerio vivo al servicio del Reino. La espiritualidad del seguimiento, de hondo sabor vocacional, es hilo de oro que da continuidad a la formación inicial con la FP.

En los seminarios se debe insistir en una formación sobre la identidad del sacerdote y sus claves de espiritualidad, con el fuste teológico reseñado y con una pedagogía mistagógica. Se trabaja en la formación, haciendo referencia a *PDV*, pero quizás sin incorporar del todo la clave esencial de ‘una formación integral y en continuo proceso’: se cultivan las diversas dimensiones, pero por separado, sin conseguir una verdadera integralidad.

Suele resaltarse en exceso la dimensión intelectual, reducida a cumplir unos planes de estudios, marcados a veces por un centro de estudios ajeno al mismo seminario y en cuyos planes de estudios pueden faltar asignaturas específicas y necesarias para la vida del sacerdote pastor; el seminarista puede vivir la formación, a veces de forma inconsciente, como un ‘se acabó’ una vez aprobados los estudios que facilitan la ordenación. Por tanto, no se despierta en él, como algo consustancial, sin imposiciones, el gusto por una formación que no tiene límites de tiempo o espacio. La teología espiritual, como asignatura sistemática, podría ser una pieza clave que ayude a que se haga experiencia vital la teología estudiada.

Estimo, que el fruto de la FP ‘integral y hasta el final’ se gesta en una adecuada formación inicial. Debemos recuperar una frase, cargada de mística, de los años 90: ‘los seminarios son presbiterios en gestación’. Quizás nuestros seminarios deben configurar un proceso formativo al estilo de un auténtico noviciado.

Sin una formación inicial sólida en todas y cada una de las dimensiones señaladas por *PDV*, a la FP le falta motivación y sustento. Hoy se reclama insistir especialmente en la dimensión humana desde el primer momento del discernimiento vocacional; como decía alguien: ‘Cuando se ordena un problema, luego tenemos un problema ordenado’. Sin este trabajo previo, inicial, la consecuente FP puede convertirse en un trabajo inútil de querer ‘colocar un sombrero donde no hay cabeza’, y reducirla, en ocasiones, a una simple ‘terapia ocupacional’.

e) *La mística de la fidelidad*

Me detengo, por fin y de forma más explícita en este capítulo VI, ‘sobre la formación permanente de los sacerdotes’. Decía Francisco a una plenaria de la Congregación para el clero:

La formación sacerdotal es una experiencia discipular, que acerca a Cristo y permite conformar siempre más a él. Justamente por esto, no es una tarea terminada, porque los sacerdotes no dejan nunca de ser discípulos de Jesús, de seguirlo. Por tanto, la formación en cuanto discipulado acompaña a toda la vida del ministerio ordenado e íntegramente a toda su persona, intelectual, humana y espiritualmente¹¹.

El último capítulo de *PDV* se introduce con una mística formativa, que brota de la recomendación del apóstol Pablo a su colaborador Timoteo: «Reaviva el carisma de Dios que está en ti...» (2 Tim 1, 6). Ya fue el lema de nuestro Congreso de espiritualidad sacerdotal de 1989. Esta clave de espiritualidad discipular refuerza la motivación de una FP vivida como vocación y no como mera disciplina impuesta. *PDV* nos habla de una vocación «al» sacerdocio y una vocación «en» el sacerdocio: hay un «sígueme» que acompaña toda la vida y misión del apóstol. Es un «sígueme» que

11. Francisco, «Discurso a la Plenaria de la Congregación para el Clero (3.X.2014)», en Congregación para el Clero, *El don de la vocación presbiteral. Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*, Roma 2016, n. 80; Conferencia Episcopal Española. *Formar pastores misioneros. Plan de formación sacerdotal*, n. 352.

atestigua la llamada y la exigencia de fidelidad hasta la muerte... fidelidad al ministerio sacerdotal y proceso de continua conversión.

La FP se apoya y, a la vez, reclama una doble fidelidad: a la gracia del Padre, que nos va configurando progresivamente con «los mismos sentimientos de Cristo Jesús» (Fil 2, 5)... Tal como señala el P. Cencini: «El Padre plasma progresivamente en nosotros el corazón (identidad + sensibilidad) del Hijo mediante la acción del Espíritu Santo». Y fidelidad, también, al Pueblo de Dios, como un acto de amor al rebaño que se nos ha confiado, fidelidad movida por la caridad pastoral, «alma y forma de la formación permanente del sacerdote»¹².

Unas tareas pendientes en aras a una FP más adecuada y eficaz

Me detengo ahora, en hacer una serie de propuestas programáticas, que nos pueden dar luz para promover una FP más adecuada y eficaz. Una programación oportuna y acertada facilita la gracia del Espíritu. Estas propuestas podrían ser un guion para un amplio diálogo:

- a) *Ser conscientes que programar la FP requiere estar atento a estas tres claves*

Primero: La FP se refiere a una persona vocacionada (existe una identidad específica).

Segundo: Esta persona vive un proceso vital en continuo desarrollo (hay etapas, edades... y circunstancias propias de cada persona).

Tercero: Dicha persona, cuyo proceso vital está en continua evolución, desarrolla su vocación en un cuadro sociológico cambiante.

Ello, requiere que la FP tenga siempre la perspectiva de tres miradas: primera, contemplar a quién va dirigida: un presbítero; segunda, considerar que este presbítero se integra en un presbiterio, que le da cierta uniformidad, pero que, a la vez, convive con diferencias de edades y circunstancias: a una formación para todos, debe acompañar algunas acciones específicas por edad o circunstancias concretas: clero joven, sacerdotes en zonas más rurales dispersas; tercera, desde un discernimiento adecuado de las circunstancias socio eclesiales que nos envuelven.

12. Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis* 70. A. Crespo Hidalgo, «La caridad pastoral informa otras virtudes del pastor», en Comisión Episcopal del Clero, *Eucaristía y caridad pastoral*, Madrid 2000, 79 ss.

b) *Programar la atención a las diversas etapas y circunstancias de la vida ministerial*

Hay que tener en cuenta que la formación sea continua e integral y en su globalidad apropiada para todos, pero no debe descuidar la atención a ciertas circunstancias específicas.

Con frecuencia, hemos intentado articular la atención al quinquenio o decenio presbiteral, pero debemos contemplar también otras franjas de edad, especialmente la etapa de la jubilación... Hay cierto desvalimiento en la tercera edad de los sacerdotes que con generosidad alargan un ministerio activo.

Y tener en cuenta asimismo a los sacerdotes enfermos o ya plenamente jubilados: un encuentro con ellos, como presbiterio, carga de humanidad a la misma FP.

c) *Trabajar con pedagogía sapiencial la «integralidad» de las dimensiones de la FP*

Se han marcado las cuatro dimensiones, pero se han desarrollado muy en paralelo, y falta asimilar y programar lo que llamamos formación ‘integral’. Sigue habiendo todavía un predominio de la dimensión intelectual, programando cursillos, cursos, conferencias... Y, en ocasiones, sin tener suficientemente en cuenta la media de edad de nuestro clero. A su vez, la dimensión pastoral se suele reducir a la habilitación para unas ‘líneas prioritarias de pastoral’ sin profundizar en la mística del ministerio; en los retiros y ejercicios, suelen detectarse muchos vacíos. Lo humano se presupone, con cierta suficiencia, ya desde el mismo discernimiento de admisión y se cultiva individualmente sin trabajar la dimensión comunitaria y sin atender las posibles crisis.

Hay que superar el excesivo predominio de lo intelectual en la FP. El exceso de una formación directiva a base de conferencias o charlas. En cada encuentro de FP deben cuidarse las cuatro dimensiones: la humana, facilitando tiempo de encuentro y diálogo; la espiritual en un momento de oración compartida bien programada, huyendo del recurso de la liturgia de las horas en el móvil; la intelectual, midiendo bien el tiempo y la oportunidad del tema; la pastoral, debe estar siempre presente: facilitando recursos pastorales y alentando el ejercicio del ministerio en las circunstancias concretas. La dimensión comunitaria, en un presbiterio que se reúne y se encuentra, está latente y saldrá fortalecida.

d) *La FP reclama un acompañamiento integral del sacerdote*

El acompañamiento espiritual personal es un apoyo precioso al discernimiento personal y una es pieza clave del progreso espiritual. En el acompañamiento, se debe tener en cuenta la celebración del sacramento de la penitencia. Lamentablemente, el acompañamiento se abandona, con frecuencia, después del seminario, como si fuera un instrumento propio de la etapa inicial ya superada. Insistir y alentar al clero en la necesidad de un cierto acompañamiento personal, la confidencialidad con una persona con la que contrasto mi vida es una inversión muy fructífera: un sacerdote que contrasta su vida y ministerio con otra persona adecuada y que practica el sacramento de la penitencia, camina con un cierto seguro de vida.

La responsabilidad personal del acompañamiento individual, debe completarse con la oferta comunitaria de la FP, la cual puede contemplarse como un ‘acompañamiento comunitario’. Y ello necesita una buena programación, con personas encargadas (delegados o vicarios para el clero) y estructuras adecuadas (programas, convivencias, años sabáticos...). Señalaba santa Teresa de Jesús que en ‘tiempos recios’, conviene ‘hacernos espaldas unos de otros’, es decir, acompañar y sentirnos acompañados. Más adelante, ampliaremos este aspecto del acompañamiento comunitario y su programación.

En referencia a este aspecto del acompañamiento del sacerdote, estimo que hay pendiente una reflexión sobre la figura del obispo en su presbiterio. No me refiero a un discurso teológico, sino a una meditación más existencial que defina la figura del obispo en sus relaciones con el presbiterio: redefinir el sentido evangélico de la autoridad y la obediencia, aspecto que hoy sufre una anemia compartida, como ejercicio de la misma autoridad y como practica humilde de la obediencia¹³; incluso, haría que redimensionar el proceso de la provisión de un pastor para una diócesis, con una secuencia más ágil en el tiempo y una participación más real y efectiva del presbiterio... *Pastores gregis* necesita todavía una recepción más vital y efectiva.

e) *Una tarea urgente y vital: reconstruir la mística del encuentro*

La facilidad de una formación *online*, puede minar una de las claves esenciales de la FP en un presbiterio: el encuentro fraterno que culmina en celebración. No sería superfluo comenzar nuestra FP recordando la misma

13. F. Bustillo, *La vocación del sacerdote ante las crisis*, Madrid 2022, 71 ss.

fenomenología del encuentro¹⁴, que está en la base del pensamiento de Francisco y su llamada a una cultura que promueva nuestra esencia fraterna, expuesta sobre todo en *Fratelli tutti*.

Sin encuentro, la fraternidad sacerdotal se debilita, y no se facilita el aglutinamiento de las diversas sensibilidades y edades: la FP tiene su seno en la calidez de un presbiterio que se encuentra periódicamente, que comparte la fidelidad, siempre imperfecta, de su vocación y dialoga sobre las duras tareas de su ministerio; encuentros que tienen su cumbre en la Misa crismal. Si el presbiterio, presidido por su obispo, cuida las relaciones y el encuentro, la PF halla motivaciones extras para un mayor dinamismo: el encuentro y la oración comunitaria sacerdotal engrasan la programación de la FP, revistiéndola no de un calendario de deberes sino de un espíritu estimulante de gratuidad.

Las generaciones más mayores tienen una mayor sensibilidad a esta necesidad de encuentro, quizás por experiencia y por estar adentrándose en esa cierta soledad que atrae la jubilación cercana o ya vivida. Sin embargo, las generaciones más jóvenes son más reacias al encuentro: con facilidad justifican, y se auto justifican, las ausencias. Son más autosuficientes que autónomos. Ampliaremos este aspecto en la segunda reflexión.

Unas apreciaciones finales a modo de propuestas operativas concretas

Señalo unas pistas más prácticas que complementen vuestra sabiduría y experiencia, y que ayuden también a una revitalización de la FP en nuestros presbiterios:

a) La FP se programa con sabiduría y realismo

La programación es hoy un medio pedagógico imprescindible. Teniendo en cuenta todo lo expuesto, al inicio de curso, junto a la programación pastoral global de la diócesis, el presbítero debe ya conocer las claves de la FP del curso pastoral, que acompañará su propia responsabilidad de formación continua e integral. Deberá ser un programa al hilo de las necesidades vitales del presbiterio y de las prioridades pastorales programadas, asegurando los espacios de encuentro. Habría que programar las diversas dimen-

14. F. Castro Pérez, *Llamados a encontrarnos. Ser humanos en un tiempo inhumano*, Santander 2023, 78-95.

siones: retiros, ejercicios espirituales; encuentros de estudio de prioridades pastorales; momentos más lúdicos y celebrativos; ofertas de tiempos específicos formativos: mes de renovación de Roma, asistencia a cursillos, año sabático. Programar también la FP en diversos sectores: decenio, sacerdotes jubilados, presencia como presbiterio junto a los sacerdotes ancianos y enfermos. En cuanto a la dimensión pastoral, hay que programar lo posible y abarcable, con realismo.

b) *La FP se acompaña con la presencia de los responsables (obispo y vicarios)*

La FP no basta con programarse, necesita el aliento, a veces insistente y machacón de un acompañamiento, que recuerde las citas, aliente a los convocados y especialmente convoque a los despistados constantes... El trabajo de los delegados o vicarios para el clero, debe ser fortalecido con el aliento del consejo episcopal, con el obispo a la cabeza, que ejercita su paternidad sobre el presbiterio. Para ello, los responsables deben dedicar el tiempo y los medios adecuados.

c) *La FP se alienta con la mística del encuentro*

No es suficiente un acompañamiento a distancia, a base de cartas circulares o grupos de *whatsapp*. La formación es hoy más configurativa que prefigurativa... Una clave esencial del éxito de la FP es el clima de encuentro y presencia, que explicita la estima que se le da a la misma. Recordar la importancia de los encuentros desde la autoridad es primordial: la labor de los delegados o vicarios debe ser reforzada por el obispo y sus vicarios; su presencia en lo programado, especialmente en los momentos más emblemáticos, resalta la importancia de los momentos de encuentro. La inversión de nuestro tiempo –siempre escaso para todos, incluido el del obispo– en la convivencia presbiteral es la mejor inversión pastoral de una diócesis.

d) *La FP es un ejercicio de fraternidad presbiteral*

La FP tiene un foco de aliento en el ejercicio de la fraternidad en las instancias intermedias: los equipos sacerdotales arciprestales son fundamentales. Por lo regular, cuando un Arciprestazgo funciona, cuando tiene al frente un arcipreste ilusionado, se facilita el encuentro presbiteral y se alienta la FP. Habría que entrelazar que los encuentros de todo el presbi-

terio para la FP se prologaran de alguna manera en los encuentros arci-prestales, quizás con la propuesta de un trabajo ‘para casa’, que facilite la recepción de lo vivido y lo haga operativo; pensemos sobre todo en la dimensión pastoral.

e) *La FP alcanza su cumbre en la Misa crismal*

A veces, caemos en la tentación de programar una FP al hilo del curso pastoral. Sin embargo, la cita festiva de la Misa crismal, con la renovación de las promesas sacerdotales, debe ser la cumbre de la FP anual. Ello, requiere una preparación previa y la posibilidad de un encuentro sosegado. Pensemos en la importancia que tiene la carta del Papa con este motivo, ya desde san Juan Pablo II. Sería conveniente un gesto oportuno del obispo a su presbiterio. La Misa crismal adquiere el carácter emblemático de ‘fuente y cumbre’ de la FP.

4. EPÍLOGO A MODO DE EXHORTACIÓN

Si contemplamos hoy la sociedad que nos envuelve, si miramos el seno presbiteral que nos acoge a cada uno, quizás podemos divisar una tonalidad gris... ¿Nos rodea un campo sembrado de ceniza? ¿Convivimos con un pabilo que se apaga y lentamente se desvanece?

Podemos reclinarnos en la desilusión depresiva o en la apatía justificada de no ver nada más que cenizas... o bien atrevernos a adentrarnos con la fuerza del Espíritu y remover las brasas que se esconden debajo. El riesgo, hoy, es situarnos en el camino de huida hacia Emaús, como caminantes impenitentes, bajo ‘la penumbra del crepúsculo y el ánimo sombrío’... Y no descubrir la presencia del Resucitado junto a nosotros, que nos explica la Escrituras y nos caldea el corazón... Conviene traer de nuevo a nuestra memoria afectiva la exhortación paulina que ha marcado la reflexión de la FP en la iglesia universal y en nuestra iglesia local: «Reaviva el carisma de Dios que hay en ti». Debajo de un campo rociado de cenizas, siempre se ocultan las ascuas del Espíritu, que puede volver a prender la llama de la nueva evangelización¹⁵. El P. Cencini nos invita a considerar si en vez de hablar de una ‘época post-cristiana’, que ensombrece nuestro aliento

15. A. Crespo Hidalgo. *Querido Timoteo. Cartas de ánimo a un cura y a su comunidad*, Madrid 2021.

pastoral, debemos anunciar una nueva 'época pre-cristiana', en la que el Espíritu reclama un nuevo ardor evangelizador.

Termino, como un deseo y confesión en alta voz, con un texto emblemático de un documento de nuestra Conferencia episcopal, *Sacerdotes para evangelizar*, innovador en su tiempo:

Conscientes de nuestra pobreza y fragilidad, pero seguros de Aquél que fortalece nuestras rodillas vacilantes y enciende candela donde no parece haber pabilo, os invitamos a revivir el carisma que os fue dado en la ordenación, a hacerlo cada día más vivo y eficaz. Ser sacerdote fue siempre una inmensa gracia de Dios y, a pesar de las dificultades, una gloria como fue la de Jesús para el mundo¹⁶.

BIBLIOGRAFÍA

- Blázquez, R., «La Eucaristía, expresión plena y alimento de la caridad pastoral», en Comisión Episcopal del Clero, *Eucaristía y caridad pastoral*, Madrid 2000, 56-75.
- Brancozzi, E., *Reformar a los sacerdotes. Cómo repensar los seminarios*, Madrid 2022.
- Bustillo, F., *La vocación del sacerdote ante las crisis*, Madrid 2022.
- Castro Pérez, F., *Llamados a encontrarnos. Ser humanos en un tiempo inhumano*, Santander 2023.
- Cencini, A., *La formación Permanente en la vida cotidiana. Itinerarios y propuestas*, Santander 2021.
- Conferencia Episcopal Española. Comisión Episcopal del Clero, *Congreso de Espiritualidad Sacerdotal*, Madrid 1989.
- Conferencia Episcopal Española. Comisión Episcopal del Clero, *La Formación sacerdotal Permanente*, Madrid 2004.
- Conferencia Episcopal Española. Comisión Episcopal del Clero, *Sacerdotes para evangelizar*, Madrid 1987.
- Conferencia Episcopal Española. Comisión Episcopal del Clero, *Simposio de Espiritualidad del Presbítero Diocesano Secular*, Madrid 1987.
- Conferencia Episcopal Española. *Formar pastores misioneros. Plan de formación sacerdotal*, Madrid 2020.
- Congregación para el Clero, *El don de la vocación presbiteral. Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*, Roma 2016.

16. Conferencia Episcopal Española. Comisión Episcopal del Clero, *Sacerdotes para evangelizar*, Madrid 1987. n. 9.

- Crespo Hidalgo, A., «La caridad pastoral informa otras virtudes del pastor», en Comisión Episcopal del Clero, *Eucaristía y caridad pastoral*, Madrid 2000
- Crespo Hidalgo, A., «Reconstruir nuestros presbiterios», *Vida Nueva* 3.263, 19-25.
- Crespo Hidalgo, A., *Querido Timoteo. Cartas de ánimo a un cura y a su comunidad*, Madrid 2021.
- Daucourt, G., *Sacerdotes rotos*, Salamanca 2023.
- Francisco, *Evangelii gaudium*, (24 de noviembre de 2013).
- Uriarte, J. M., *Visibilizar a Cristo Pastor. Cuatro rasgos de la espiritualidad sacerdotal*, Santander 2021.